



Rebeldías: cuestión de nombres

Las brujas no existen...

A pesar de lo que asegura la sabiduría popular, creer en las conspiraciones internacionales nos pone en la puerta del manicomio; de ahí a tocar el timbre sólo basta con expresar nuestra convicción de que los miembros del G8 son unos muertos y que el verdadero gobierno del mundo lo ejercen los magios u otro limitado círculo de encapuchados del área de Maryland o Virginia.

...pero que las hay...

Todo el que disfrute de sentirse perseguido, vigilado o manipulado porque eso lo pone a la altura de los héroes de las películas de conspiraciones, no tiene más que leer el artículo «Las 10 principales estrategias de manipulación mediática», erróneamente atribuido a Noam Chomsky —pensador cuya línea lingüística seguimos fervientemente— en el que se cita, además, un texto titulado «Armas silenciosas para guerras tranquilas», que también conviene leer. Después de eso, es inevitable sentirse Mel Gibson, Will Smith o Gene Hackman; o, en casos muy críticos, Cicciolina.

Por más épicas que nos resulten las referencias cinematográficas, estas y otras evidencias pueden conducirnos a una sensación de derrota, de impotencia, de abatimiento que desbarata todo posible instinto de rebeldía.

Pero no hay que darse por vencidos. Todavía quedan muchos actos de resistencia que quizás no nos hagan terminar en Guantánamo pero que sí exigirán tomar conciencia de que cosas muy simples pueden ser grandes declaraciones de libertad. Por eso, de aquí en más intentaremos crear un compendio en fascículos coleccionables de rebeldías aparentemente ingenuas, pero bien jodidas. ¿Qué pretendemos con eso? No sé. Pero, como dice la mina que duerme conmigo, «si no puedes vencerlos, confúndelos».

En el fondo, todas las insurrecciones consisten en no hacer lo que se espera que uno haga, y la palabra que las sintetiza es breve y deliciosa: «NO».

¡Qué hermoso suena!: Nnnnn ooooo... Nnnnoooo... (y queda vibrando en nuestros resonadores superiores hasta hacernos picar la nariz).

El primer NO será para lo que podríamos llamar «deshumanización onomástica». Parece una estupidez, pero así de sutiles son las operaciones del demonio. Consiste en la velozmente extendida costumbre de anteponer el apellido al nombre en todas partes.

—¿Y qué? —se preguntará un señor que va pasando.

Muy simple: ese uso es propio de la burocracia, es el modo en que dejamos de ser personas para ser datos, es la manera en que figuramos en el sorteo de la colimba y en los prontuarios de la policía. Nadie se llama Pérez Juan, o Colón Cristóbal, o San Martín José de, o de Nazareth Jesús. Nadie conoce a Maradona Diego, Borges Jorge Luis ni a Castro Fidel.

¿Por qué entonces habremos de renunciar a nuestra identidad? ¿Por qué facilitarles nuestra clasificación a cagatintas, aves negras y organizadores de guerras? ¿Cuál es el paso siguiente? ¿El DNI? Pronto veremos placas doradas en las que se podrá leer «27.004.628, arquitecto» o «Dr. 17.445.617, obstetra».

No, no, no, nooooo.

No pienso ceder mi condición humana a una máquina de amontonar papeles. Por lo pronto, yo ya empecé a consignar nombre y apellido en las actas de examen, y no al revés como ordena el Ministerio. ¿Me van a anular el acta? ¡Mejor! ¿Quedaré sin efecto el uno que se comió Matías? ¡Mucho mejor! Prefiero ser recordado por Matías como un ejemplo de libertad individual antes que como el torturador del Martín Fierro! O Fierro Martín, como prefieran.

Hace mucho, pero mucho tiempo, los tipos se llamaban Grrrrr, o Ughh, o Ghgl, y cosas así. Como después no sabían a quién se refería el chisme sobre cuernos que circulaba por ahí, se empezaron a llamar Roberto, Adalberto o Mamerto, para diferenciarse. Aclaremos, antes de que algún malintencionado quiera pasarse de listo, que en aquellas épocas los cuernos eran un símbolo de poder reservado al jefe. O sea que el chimento de marras se refería a las inminentes elecciones para intendente de la caverna.

Después, cuando la gente (obedeciendo a Nuestro Señor) se multiplicó piadosamente, los tipos descubrieron que estaban otra vez como recién venidos de Italia. Menos los que ya vivían en Italia, claro. O sea que no podían saber a qué Juan o Pedro o Roberto o lo que usted quiera, señora, le estaban

poniendo los cuernos. Volvamos a aclarar que para esa época el poder ya se representaba con una corona. O sea...

Para sustraer de las suspicacias a sus esposas los tipos empezaron a precisar quién era el papá del mentado (Diego Sánchez: Diego, hijo de Sancho), dónde vivía (Diego de la Vega), o a qué se dedicaba (Diego Herrero). Y eso es todo.

Los que en la antigüedad llevaban cuernos —los atributos del poder— quisieron diferenciarse de sus súbditos acaparando nombres, pero aunque se llamaran Juan Carlos Alfonso Víctor María de Borbón y Borbón-Dos Sicilias, la gente siguió llamándolos Don Juan Carlos. Esto demuestra que lo que realmente nos identifica es nuestro nombre. Y uno solo bien llevado puede con todos los números.

Cuando Saramago recibió el premio Nobel —recuerda el crítico musical Diego Fischerman— evocó a su paisana, la cantante Amalia Rodríguez, diciendo: «Era una referencia; decir Amalia era suficiente. Y cuando alguien es conocido por su nombre propio, realmente ya no se puede llegar más lejos».

Quedó claro ¿no?

Los que nos ganamos el pan contando el pasado no necesitamos números ni apellidos, nos basta con decir Aníbal, Alejandro, Julio César o Napoleón. Sabemos que nadie dudará cuando digamos “el Diego”, Eva o Fidel.

Pero la conspiración existe. No quieren que haya grandes nombres, sólo listas; no quieren héroes, sólo esclavos; cuando aprietan el botón que lanza la bomba o el hambre o la discordia prefieren creer que borran números, no personas.

¿Quiénes? Qué se yo. ¿Qué importancia puede tener? Nunca los veremos a los ojos como lo haríamos con el pibe chorro que nos apunta con un chumbo en la frente pa afanarnos el celular.